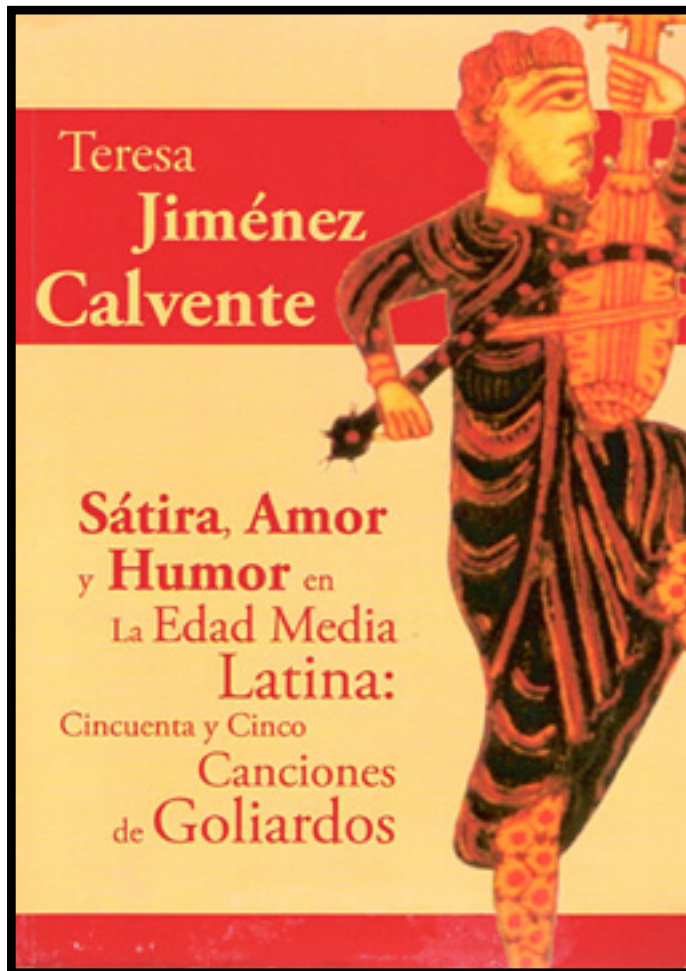


Teresa Jiménez Calvente. *Sátira, amor y humor en la Edad Media latina: cincuenta y cinco canciones de goliardos*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2009. 537 págs. ISBN: 978-84-7392-730-7

Reviewed by Elena González-Blanco García
Universidad de Alcalá de Henares



Los estudios realizados en nuestra península sobre la poesía latina de la Edad Media no son hoy día, lamentablemente, uno de los puntos de mira centrales de los latinistas hispánicos. A pesar de tratarse de un vastísimo campo en el que aún quedan importantes manuscritos por estudiar, la mayor parte de las investigaciones marchan por otros derroteros. Basta echar un vistazo a la bibliografía de las páginas 82-83 de la presente antología para comprobar que casi todas las ediciones de los textos latinos aquí recogidos proceden de estudios y recopilaciones realizadas por autores extranjeros, principalmente alemanes, ingleses y americanos, que desarrollaron una ingente labor investigadora entre finales del siglo XVIII y comienzos del

XX, descubriéndonos el mundo de la poesía mediolatina. Fruto de dichos trabajos fue la publicación de obras de la magnitud de la *Patrología Latina*, los *Analecta Hymnica Medii Aevi*, los *Monumenta Germaniae Historica*, como también de las primeras ediciones de los *Carmina Burana*. A mediados de la centuria pasada esta ingente labor recopiladora se vio frenada, dando paso a antologías y estudios más reducidos sobre determinados poemas o cancioneros, que favorecieron el estudio de ciertos textos en detrimento de otros, que quedaron relegados a un segundo plano y cayeron en el pozo del olvido.

Como afirma Teresa Jiménez Calvente en su introducción, tras el largo silencio que siguió a la publicación en 1975 del libro sobre la poesía rítmica de los goliardos de Ricardo García Villoslada, el panorama hispánico se ha visto revitalizado en los últimos años gracias a nuevas antologías y traducciones de los poemas en latín medieval, como las de Montero Cartelle y Estévez Sola de los *Carmina Burana*, o la antología de Oroz Reta y Marco Casquero, amén de diversos trabajos sobre los principales cancioneros, como la edición de los *Carmina Rivipullensia* de Moralejo, que vienen a colmar una serie de lagunas que el tiempo había dejado pendientes. El propósito del libro de Jiménez Calvente es, no obstante, contribuir a estas investigaciones ofreciendo un panorama de la poesía goliárdica que abarque un conjunto significativo de muestras procedentes de los recopilatorios más importantes, así como de otros manuscritos y códices menos conocidos, para poder transmitir al lector el panorama literario de una época que, a pesar de su importancia, aún resulta desconocida. No se trata, pues, de una nueva antología de textos goliárdicos o de una mera traducción de poemas latinos. La autora quiere ofrecer algo más: la perspectiva de toda una época, una mentalidad, una cultura y un modo de hacer poesía en el que los textos hablan por sí solos, para lo que recoge los poemas latinos más significativos, acompañados de unas breves y concisas introducciones y de unas excelentes traducciones al castellano a través de las cuales el lector puede situarse en la mentalidad del goliardo, del lector medieval y del enamorado no correspondido. A su vez, la estructura de esta obra permite un acercamiento al texto por parte de un lector diverso, pues es simultáneamente divulgativo y erudito.

El prólogo, de fácil y grata lectura, sorprende por su riqueza en datos, su sólida documentación y por su anhelo de establecer unas relaciones intraliterarias que permitan contextualizar debidamente este cuerpo de textos y calibrar su importancia, toda vez que su belleza es inobjetable. Comienza con una sugerente presentación de la Edad Media vista por los ojos del cine y filtrada por la interpretación del Romanticismo, teñida por una caracterización negativa protagonizada por la muerte. Frente a esta imagen, la autora resalta una faceta mucho más colorista y estimulante que analiza la Edad Media desde una perspectiva mucho más alegre, que no se identifica tanto con el panorama desolador de la muerte, sino con el gozo de la vida. Esta perspectiva será la que transmita la poesía recogida en su libro.

Tras esta analogía, el prólogo se divide en ocho partes diferenciadas, que ocupan las primeras 83 páginas del libro (de un total de 537). En la primera parte, describe el marco histórico-político en que nace la poesía goliárdica; así, arranca en el temprano siglo IX, en pleno Prerrenacimiento Carolingio, cuya aportación será decisiva para comprender el posterior Prerrenacimiento del siglo XII, cultural y literario en el que van a surgir una serie de reformas claves para la etapa posterior, y prosigue describiendo las nuevas aportaciones que vendrán en el siglo XII, con sus convulsiones sociales y su magna transformación cultural. Los cambios alcanzarán también la Iglesia, para la que muchas voces pedirán una reforma que precisaba por

sus muchos males, como la simonía o el amancebamiento de clérigos, temas que aparecen en los versos, sutiles y mordaces, de varios de los poetas aquí reunidos.

Las mejoras sociopolíticas y el aumento de riqueza posibilitan el aumento de personas dedicadas a deleitar a los demás; por ello, el segundo de los puntos de la introducción se ocupa de la vida cultural de la época y alude a trovadores y juglares que, con su arte, se ganan la vida en la corte y en la calle. Especial atención dedica, lógico parece, a unas universidades que multiplicaron raudamente el número de estudiantes en una Europa que no dudaron en atravesar para buscar el mejor programa de estudios o vincularse a maestros de gran reputación. La marca indeleble de ese universo cultural y la de los textos nacidos en tal ambiente no es otra que la del amor por unos clásicos latinos (aun no griegos, pues faltaba un par de siglos para que Europa se reencontrase con sus raíces al recuperar esa lengua) que todo lo impregnan.

Es esta mezcla entre lo clásico y lo nuevo lo que explica que, a la vez que se sigue cultivando la métrica cuantitativa clásica, surja con fuerza la métrica acentual y silábica, que se impone, unida a la rima, como propia de la poesía goliárdica. En este contexto surge el grupo de los *clerici vagantes*, a los que se dedica el tercer punto de esta introducción: personas que pertenecían al mundo clerical, aunque gozaban de ciertas libertades, puesto que se encontraban en formación como estudiantes o eran espirituales de mal asiento que buscaban centros nuevos con una espiritualidad a su medida (de donde el dicho medieval “qui multum peregrinatur raro santificatur”). El tipo de figura resultante, dada al vino, a las mujeres y a la vida licenciosa -aunque, como señala la autora, todo ello tiene mucho de tópico- refleja, en cierto modo a un personaje que se ha repite a lo largo de los siglos (pienso en algunos pasajes del *Buscón* de Quevedo). Estas figuras y sus canciones serán redescubiertas en el Romanticismo, que verá esta otra cara de la Edad Media muy atractiva y sugerente. Sin embargo, apunta Jiménez Calvente, es necesario despojarse de ciertas ideas preconcebidas y perseguir una fascinante poética a través de la lectura directa de algunas de las joyas de ese poemario.

Tras ubicar las figuras en su contexto, explicar la etimología de *goliardo* y caracterizar a cuantos portan tal etiqueta, la editora presenta los cuatro cancioneros que transmiten la mejor poesía goliardesca: los *Carmina Cantabrigensia*, los *Carmina Burana*, los *Carmina Riuipullensia* y los *Carmina Arundelliana*, a los que hay que añadir algunos otros poemas esparcidos en varios manuscritos, de autoría generalmente anónima. De todas estas obras es de donde Jiménez Calvente ha extraído los poemas de su antología, con figuras tan controvertidas como Pedro Abelardo, que no fue propiamente un goliardo, ya que no conservamos poemas amorosos de su pluma, y poetas tan representativos del mundo goliardesco como Hugo Primas o “el Primado” (denominación que utiliza la autora, que en otras ediciones podemos encontrar como “Primate”), Gualterio de Châtillon, Pedro de Blois, o el Archipoeta de Colonia, el goliardo por excelencia, pues se retrata como un clérigo pobre, vagabundo e irreverente que ha de pedir dinero a cambio de sus canciones.

La materia de los poemas es otro de los aspectos centrales sobre los que se insiste en esta antología, por su riqueza y variedad. La autora distingue cuatro grupos claramente definidos: poemas satírico-morales, poemas de amor, poemas de taberna y vino, y un cuarto grupo misceláneo. En el primero destacan las críticas a la curia, con un tono de nostalgia por otros tiempos lejanos, en que los papas no tenían hijos. También determinados actos sociales como el matrimonio resultan objeto de la dura sátira, que arremete igualmente contra las riquezas y las diferencias sociales invocando a figuras como la Fortuna o la muerte. En este grupo imperan las *disputationes* o *altercationes*, con temas como el debate entre el alma y el cuerpo, que tuvo un eco formidable en las literaturas romances. En este sentido, uno de los aspectos más valioso del prólogo son las continuas asociaciones que se establecen entre los goliardos y la literatura vernácula, entre la poesía culta y el universo de la poesía popular y tradicional. Contextualiza así, entre otros, en una tradición mediolatina y panrománica poemas la *Disputa del alma y el cuerpo*, la *Razón de amor*, la *Disputa del agua y el vino* o el *Auto de los Reyes Magos*.

Muchos de los textos amatorios siguen la línea ovidiana del *Ars amandi* filtrada por todas las interpretaciones medievales, con un amor desamparado y no correspondido que, en algunas ocasiones, llega a desembocar en auténtica tragedia. Otros, sin embargo, recogen las influencias de otras fuentes como el Cantar de los cantares o tienen correspondencia en el *De Amore* de Andreas Capellanus, lo que enriquece los poemas y multiplica las perspectivas o enfoques. El tema de la taberna y el vino es, por excelencia, goliardesco, aunque no sólo sea propio de esta poesía, pues enlaza con los cantos de tipo báquico de larga tradición literaria y raigambre a menudo poligenética. El vino se retrata como una sustancia que llama al canto e inspira al poeta; en otros casos, anima a componer entretenidos debates, como el que lo enfrenta al agua, o se asocia a los placeres carnales, con la comida o la bebida, que hacen de la taberna un “santuario” en el que el poeta podrá satisfacer su deseo de mujeres y juego, aunque ello no les deje salir de su sempiterna penuria.

El último de los grupos, del que ofrece una pequeña muestra, es el menos conocido y característico de la poesía goliárdica. Se trata de un conjunto de textos de temática religiosa y alegórica escritos en un tono muy distinto del resto. Jiménez Calvente resalta la presencia de estos textos, generalmente ignorados en los panoramas de la poesía goliárdica, pero importantes por su técnica: un virtuosismo que se base en el ágil manejo de las fuentes y la modulación del lenguaje. Como la propia editora indica, en muchos de los casos no se puede establecer una delimitación clara entre géneros y temas, pues la facilidad de transición entre unos y otros es característica de los goliardos. Queda claro que esta poesía es mucho más que la suma de tópicos asociados a los goliardos; de hecho, su riqueza y variedad invitan a la lectura y al análisis desde muy diferentes perspectivas.

La introducción pone su broche con un asunto complejo: la cuestión de la métrica mediolatina. En ella, señala las dificultades relativas al estudio de este tipo de poesía, hermanada con las secuencias y los tropos; además, atiende a la aparición del sistema

acentual, basado en el cómputo silábico, y al desplazamiento temporal de la métrica cuantitativa, sobre la que volverá decididamente toda Europa del Trecento en adelante. Se trata este de un complejísimo fenómeno influido por diversos factores en torno al que ha habido disputas sonadas, como la de Léon Gautier y Gaston Paris acerca del papel del acento y del cómputo silábico en la transición de la métrica latina de la Edad Media a la romance. Por último, describe el proceso de creación de la rima y el surgimiento de estrofas, como el tetrástico de alejandrinos monorrimos (a cuyo estudio vengo dedicando buena parte de mi tiempo), a partir de patrones goliárdicos.

Como arriba indicaba, esta antología lo es de poemas pertenecientes a los cuatro cancioneros principales, junto a una selección de poemas del Primado, del Archipoeta y otros de la tradición inglesa. El texto latino se acompaña de su traducción métrica, para que el lector no se vea privado de la belleza del texto original y el gozo de su musicalidad; a ese respecto, cabe destacar la dificultad de preservar no sólo de la rima sino los propios esquemas métricos. El criterio de selección de los poemas es, según señala, “la calidad de los versos y su capacidad para representar los temas, motivos y modos más característicos de la poesía latina de los goliardos”. También son suyos los títulos y las anotaciones a los textos. Tras señalar las ediciones empleadas para cada uno de los cancioneros y autores, comienza la antología. De cada autor hay una biografía de dos o tres páginas en que se destacan sus principales datos biográficos, conocidos por crónicas y documentos, o, en la mayor parte de los casos, por las menciones de los propios poemas.; a continuación, se abordan los problemas fundamentales relativos a su obra y figura.

El primero de los autores seleccionados es Hugo Primas, el Primado, al que dedica 56 páginas y cuyos poemas constituyen un variado y rico ramillete de temas y metros en los que se alternan las canciones al vino, la sátira contra el egoísmo, la crítica a las mujeres, la biografía de los poetas, la crítica a las instituciones clericales y la pobreza de los propios autores. Pasa después al Archipoeta, que merece 62 páginas y nos sorprende con un sermón paródico, en que pide limosna y, a su vez, alaba a sus mecenas con ingeniosos juegos de palabras, sin dejar de mostrar su orgullo por su condición de goliardo.

Tras estas dos figuras, la antología recoge una selección variada de poemas de los cuatro principales cancioneros, cuyo contenido, origen y distribución explica detalladamente. Comienza con los *Carmina Cantabrigensia*, con un total de 34 páginas que reúnen poemas con motivos folclóricos, canciones amorosas y un canto de la llegada de la primavera. El segundo cancionero son los *Carmina Burana*, dividido en tres partes: cantos satírico-morales, cantos amorosos y cantos báquicos y conviviales, a los que se unen dos dramas litúrgicos para finalizar el conjunto. Jiménez Calvente recoge muestras de cada uno de los grupos en las 56 páginas de la antología que dedica a esta obra. En el primer grupo incluye una sátira de los tiempos presentes, la condena de la simonía, la crítica del poder del dinero, la representación de la figura de la Fortuna, la reflexión sobre las edades del hombre, la corrupción de Roma y de la iglesia. En el grupo de poemas amorosos recoge la relación entre el amor y el sueño, la

descripción de la llegada de la primavera, el beso, la batalla amorosa, el mundo prostibulario, el amor logrado, las quejas de Cupido, el juramento de fidelidad amorosa, el encuentro entre el amante y la pastora, y la analogía entre la amada y las flores. En lo que a los cantos de taberna respecta, nos muestra una parodia de la liturgia en comparación con la taberna, varios himnos a Baco y cantos al vino y a la gula, una crítica a los que insisten en caracterizarse por sus vestidos, y un poema, cómo no, dedicado a la petición de limosna.

De los *Carmina Rhipullensia*, único códice hispánico, recoge en 33 páginas los siguientes temas: la visión de la amada, la descripción del amor abrasador, la visión del enamorado en un ambiente bucólico, el sueño amoroso, la llegada de la primavera, y el lamento por la separación de los amantes. En el caso de los *Carmina Arundelliana*, cancionero constituido por poemas amorosos, religiosos y satíricos, esta antología recoge únicamente los de tema amoroso, con una muestra en 25 páginas en que destacan las alusiones mitológicas como escenario de consumación del amor, el lamento por el amor no correspondido y las quejas del enamorado, y la descripción de la amada ideal. El último apartado de la obra, con 43 páginas, recoge poemas procedentes de diversos manuscritos europeos, con temas tan variados como una carta a los goliardos de la Galia (en forma de nuevo manifiesto de los ideales de este tipo de poesía), una sátira contra el concubinato del clero, o la crítica al matrimonio.

Se trata, pues, de un conjunto rico y variado que permite muchas lecturas y el acercamiento desde muy diversas perspectivas. Dados mis intereses, echo en falta un pequeño comentario métrico a la cabeza de cada uno de los poemas para ilustrar con mayor detalle sus diferencias y peculiaridades desde un punto de vista técnico. Sin embargo, dado que se trata de un libro de tipo fundamentalmente divulgativo, entendemos que no es necesario calar tan hondo en el análisis de las obras. Lo único que verdaderamente ha de objetarse a este libro es la dificultad de tener que ir a buscar todas las notas y referencias al final de la obra, cuando mucho más cómodo y lógico habría sido encontrarlas a pie de página. Fuera de ello nada se puede objetar al rigor, cuidado y concisión con que ha escrito este libro. Creo que el lector que lo abra, además de cambiar su visión sobre la poesía goliárdica, cosa que a mí misma ya me ha sucedido, disfrutará enormemente con la riqueza de los poemas, con las delicadas y difíciles traducciones al castellano, que añaden incluso la rima (consonante cuando es posible, y asonante en su defecto) y crean un efecto poético muy logrado, lo que no dificulta su lectura ni altera su contenido.